

La sugestiva hipótesis no tiene poca importancia, cuando se miden sus consecuencias en la doctrina que Spinoza desarrolla en la segunda (su gnoseología) y cuarta partes de la *Ética*. Hipótesis clara, pues, pero atrevida y difícil de argumentar.

La A. procede con arreglo a un plan estricto que pasa por la reconstrucción de la doctrina boyleana de las cualidades (en: *Origin of forms and qualities*, 1666) antes de abordar el examen de la noción de individuo que aparece en la segunda parte de la *Ética*. La hipótesis corpuscular de la materia defendida por Robert Boyle trae consigo una manera de pensar las cualidades de los cuerpos, muy diferente de la de Galileo y Descartes. En efecto, desde una perspectiva realista, Boyle considera que las denominadas cualidades secundarias (por ejemplo, el color) —lejos de ser subjetivas— derivan de la “textura” del cuerpo. Todas las cualidades del cuerpo derivan de cierta disposición estructural del mismo para producir *efectos mecánicos* sobre otros cuerpos. Así pues el planteamiento de Boyle no da una vuelta atrás para la recuperación de las formas sustanciales aristotélicas, sino que supone una concepción científica y mecanicista de la materia, incluso más congruente que la defendida por Descartes.

El científico inglés y el filósofo holandés se interesan por los cuerpos compuestos que son agregados estables de elementos simples: *corpora simplicísima* en Spinoza, *minima naturalia* en Boyle. Lo que éste denomina “textura” de un cuerpo habría sido repensado y reformulado por Spinoza como la “esencia actual” o *conatus*; es decir: una forma con determinada capacidad de resistencia a las presiones del entorno y al mismo tiempo con una cierta capacidad para producir efectos mecánicos.

Por ello, la “esencia actual” de Spinoza, siendo más plástica que la “textura” de Boyle, acredita también una capacidad mayor para adaptarse a los cambios ambientales sin ser destruida. Esta disposición adaptativa aumentaría sin cesar en función del grado de complejidad del individuo, de tal manera que, en el límite, ese individuo complejísimo que es la naturaleza total no sería destruible en tanto que totalidad, por lo que cabe considerarlo eterno.

Todo lo dicho probaría que Spinoza no piensa su filosofía de espaldas a los debates científicos de la época, procurando una base científica a la ética.

El trabajo de Andrea Sangiacomo lleva la impronta de sus dos directores de tesis, y es un sedimento al que llega tras largas horas de reflexión y debate. Las notas reflejan la puesta al día de las publicaciones sobre el tema (en francés, inglés, italiano y español) que han alimentado la reflexión de la autora. La hipótesis, defendida con todo rigor en este artículo de correctísima factura, merece ser tomada en cuenta y resulta muy difícil de rebatir.

Maria Luisa DE LA CÁMARA

VILLIAUD, P.: *Spinoza d'après les livres de sa Bibliothèque*, Paris, Malassis, 2012, 160 p.

La primera edición de esta obra vio la luz en Bibliothèque Charconac en 1934. El interés de la publicación que aquí se comenta (revisada en su día por Carl Gebhardt) radica pues en la recuperación de la mirada peculiar con la que Paul Villiaud ve a Spinoza. Este traductor y erudito fue un notable especialista en la Kábala, y así evoca la figura de Spinoza en el marco de su vida y en el medio cultural de su época a partir de los libros de su biblioteca. Sin pretender resolver definitivamente la espinosa cuestión de las influencias recibidas, esos libros ponen de manifiesto en todo caso el interés del filósofo por ciertos asuntos.

La biblioteca de Spinoza, de acuerdo con el inventario realizado a su muerte, estaba integrada por 159 volúmenes. La clasificación de Villiaud comenta los libros agrupándolos por materias y en relación a la evolución de la trayectoria vital del filósofo.

Los dos primeros capítulos dan cuenta de su temprana formación judía para justificar la presencia de un representativo conjunto de libros religiosos, tanto rabínicos como cristianos. Una vez separado de la Sinagoga y vuelto hacia el cristianismo, habría tomado contacto con la obra del teólogo alemán Sandius cuyo contenido daba razón de la doctrina cristiana en los primeros siglos. Calvino, Jean de Bologne y Grotius (*De imperio summarum potestatum circa sacra*), así como un compendio de obras agustinianas son otros de los autores de libros religiosos de su biblioteca.

También posee algunos libros de filosofía, aunque no muchos: Aristóteles, Séneca, Epicteto y Bacon. Y naturalmente, Descartes de quien Vi-

lliaud dice que Spinoza fue un “fils indiscipliné”. De acuerdo a los volúmenes existentes, Spinoza habría leído también la *Logica vetus et nova* de Clauberger, o la de Keckermann, así como alguna obra del cartesiano Velthuysen.

Maimónides (*Guía de perplejos*) se habría hecho sentir en la actitud mental de Spinoza más que en los contenidos filosóficos defendidos por él. *Los diálogos de amor* indicarían la lectura de León Hebrero – si bien eso no justifica para Villiaud una influencia irrefutable.

Entre los autores de teoría política figuran: Justiniano (*Instituciones*), Maquiavelo (*Obras completas*), Tomás Moro y Luis Vives. Así como también Baltasar Gracián y Arnold Clapmarius, jurista famoso en su tiempo. Y, naturalmente, Jean de la Court y Saavedra Fajardo.

En materia de historia, Spinoza poseía obras de los clásicos: en sus anaqueles había libros de Tito Livio, Tácito, Salustio, Quinto Curcio, Plinio el Joven, César, Flavio Josefo, Hobbes y Antonio Pérez, entre otros.

El capítulo tercero da cuenta de los tratados científicos en materia de matemáticas y física, astronomía y fisiología.

En el capítulo cuarto se comentan las obras literarias de su Biblioteca. Spinoza poseía numerosos libros relacionados con sus orígenes ibéricos: *Las Novelas ejemplares* de Cervantes, obras de Quevedo y de Góngora, y *Comedias* de Pérez de Montalbán.

Entre los autores latinos más conocidos se cuentan: Virgilio y Petronio, Lucano, Ovidio, Plauto y Cicerón. Mientras que los libros en lengua griega no llegan a media docena. Se incluyen además algunas gramáticas y diccionarios.

En el capítulo quinto, Villiaud reflexiona sobre las obras que no están, pero que deberían encontrarse entre sus libros, porque consta que han sido enviadas. Así por ejemplo un tratado de óptica de Leibniz, que él mismo le enviara; un libro del rabino Aplacar; o el famoso *Homo politicus* enviado a Spinoza por un amigo (y mencionado en la Correspondencia). En este capítulo se consignan libros que como *Efemérides* y *Obra devota la Cuna* son de difícil identificación.

A modo de conclusión, Villiaud pondera la opción de Spinoza por la vida solitaria entre sus libros. Aunque esa imagen tiene mucho de apariencia. Spinoza es visto también por el erudito

francés como un apasionado hombre de su tiempo.

El volumen se completa con otro Inventario de los libros de Spinoza, agrupados en función de su tamaño y numerados como en el *fac-simil* adjunto: 24 libros en formato *In-folio*, 55 libros en formato *In-cuarto*, 39 libros en formato *In-octavo* y 41 libros en formato *In-12*. Ésta lista se ha confeccionado, según indica el editor en nota de pie de página, a partir del inventario realizado en 1889 por Abraham Jacobus Servaas van Rooijen y de la lista de Jacob van Sluis -Tonnis Musschenga de 2009.

Maria Luisa DE LA CÁMARA

VINCIGUERRA, L.: *La semiótica de Spinoza*, prefazione di C. SINI, Edizioni ETS, Pisa 2012, 201 p.

Nell’*Essay on human understanding*, Locke propone una ripartizione generale delle scienze umane nella quale, accanto alla «Fisica» e alla «Pratica», colloca la *Semeiotiké* (termine poi ripreso da Peirce, che parlerà di *Semiotics*), ovvero la «scienza dei segni»: «il suo compito – scrive Locke – è di considerare la natura dei segni di cui fa uso la mente per l’intendimento delle cose, o per trasmettere ad altri la sua conoscenza». Intesa come un’arte del pensiero ai fini della significazione e della comunicazione, la *Semeiotiké* viene fatta coincidere da Locke con la *Loghiké*. Né il termine ‘semiótica’, né una specifica dottrina dei termini, o del linguaggio, nel senso illustrato nell’*Essay*, sono presenti nell’opera spinoziana, eppure – e la storiografia lo ha sempre riconosciuto – è innegabile l’importanza che in essa riveste il tema del «segno»: dalla definizione della conoscenza immaginativa come *cognitio ex signis*, alla spiegazione della profezia, di cui il segno è elemento distintivo. *La semiótica di Spinoza* di Lorenzo Vinciguerra contribuisce all’indagine su questo tema nell’opera spinoziana facendole compiere un salto di qualità. L’intento di questo lavoro è infatti quello di proporre una lettura unitaria, di comprendere la «logica interna» della meditazione del filosofo olandese sulla natura dei segni. E questo viene fatto seguendo da vicino, quasi con la lente di ingrandimento, lo sviluppo genetico dell’immaginazione, a partire dei lineamenti di fisica del “trattatello” di *Ethica* II. Ne risulta, alla fine,